

CATÁLOGO.- JUAN CARLOS DEL VALLE. PINTURA Y DIBUJOS

Juan Carlos del Valle. La Transmutación del Tiempo

Luis Martín Lozano

En el panorama de arte contemporáneo en México, el debate sobre la persistencia de la pintura frente a la aparición de propuestas alternativas de expresión para los artistas, es un asunto al que no se le ha dado su debida importancia, sobre todo cuando resultaba innegable que los lenguajes pictóricos atraviesan una profunda crisis conceptual, así como un desgaste en el uso de ciertos lenguajes informales de carácter neoexpresionista. Reducir la problemática a posturas simplistas, tales como señalar que la pintura en México está en desuso, es evadir la discusión en la estrechez del circuito del consumo que proponen los curadores y el mercado del arte local, y no advertir lo que está sucediendo más allá de nuestras fronteras. El caso de China me parece por demás elocuente, ya que desde su supuesta marginalidad frente a Occidente y de sus imperativos de consumo, se ha convertido en el eje de producción artística más fascinante en el ámbito internacional, en el cual la pintura ocupa una de las estrategias visuales más sólidas y propositivas.

Hacer pintura es, en gran medida, confrontarse frente a la tradición occidental, si con ello entendemos el analizar el largo proceso creativo que nos ofrece el arte de la *pictura poesis*. En el Gótico, los pintores fueron capaces de crear un arte que representara la intangibilidad de los dogmas; en el Renacimiento, el razonamiento de la perspectiva y la factibilidad de su representación, permitieron crear una pintura vivencial al mundo de los rodeaba; y desde el Manierismo hasta el Impresionismo, bien podría concluirse que los artistas evitaron, a toda costa, ceñirse a las imposiciones de la naturaleza y prefirieron explorar, con distintas estrategias, en las dimensiones de su captación y percepción. Aunemos la nueva dimensión del intelecto que introdujeron los estudios de Freud, que sencillamente revolucionaron todos los posibles significados e intencionalidad que había tenido el arte de pintar.

Para finales del siglo XX, los fracasos en los distintos proyectos de modernidad civilizatoria trajeron consigo un profundo escepticismo ante Occidente, con la consecuencia de que los últimos años del milenio estuvieron marcados por nihilismo de la postmodernidad. Visto así, ¿cuál podríamos decir que es uno de los cometidos de la pintura en el siglo XXI? Para artistas como Juan Carlos del Valle yo diría que es la transmutación de tiempo, la coyuntura justa donde la materia se confronta frente al devenir, en una suerte de reino de lo pictórico que intenta alejarse de los condicionamientos de carácter historicista.

II

Juan Carlos del Valle tiene fijado en la memoria que cuando era pequeño, deambulaba por la casa de sus abuelos y se fascinaba con las imágenes de pintores europeos, particularmente reproducciones de artistas españoles como Velásquez, El Greco y acaso Goya. No fueron impresiones fugaces que pronto se olvidan, por el contrario, se registraron de forma vívida y en algún momento se convirtieron en referente obligado de lo que entendería como el arte de la pintura. A los siete años, Juan Carlos gustaba de detenerse en los aparadores de una tienda de materiales para artistas, viendo fascinado el brillo de los colores y la punta de los lápices ordenados en larga hilera, siempre a través de una vitrina. De manera precoz idealizaba que podría llegar a ser un pintor, pero entonces sólo se consideraba un niño normal, que a los quince años gustaría de tocar el piano. Proviene de una familia de abogados y contadores, sensibles por educación al arte, por lo que no resulta extraño que la primera vocación de Juan Carlos fuese pospuesta, cuando menos un breve tiempo, por incipientes estudios de comunicación y administración. La falta de estímulos lo obligó a replantearse su futuro y de manera casi natural, de la noche a la mañana y sin saber por qué surgió una imperiosa necesidad de pintar. No hubo realmente objeción familiar, pero quiso hacer de la pintura un acto completamente íntimo, lejano a lo que pudiera considerarse unan afición de diletante. Encontró el apoyo que necesitaba en el taller de Demetrio Llordén, pintor de origen español quien, a su vez, había sido discípulo de José Bardasano. Con su primer maestro

estableció una relación de discípulo que le trajo enormes satisfacciones y una formación técnica de excelencia, a saber, una capacidad notable para el dibujo – que le permite evocar a Saturnino Herrán en sus trabajos más tempranos–, y un manejo del color y la luz que busca hacer justicia a la tradición de los pintores españoles del Siglo de Oro. La diferencia de edades no parece haber sido un obstáculo para que Juan Carlos del Valle asumiera, plenamente, los postulados estéticos que provenían del admirado mentor: “Era un Dios... era la luz y la alegría que necesitaba”. No obstante, Llordén falleció en el año 2000 y dejó a Del Valle en una suerte de orfandad intelectual, cuando sólo tenía 25 años. Era entonces un joven pintor, talentoso en extremo y con un futuro en ciernes, con la paradoja que pintaba con la técnica de un gran maestro de sesenta años. Cuando uno analiza sus obras más tempranas descubre cuán plenamente supeditado estaba al influjo del pasado y de aquellas maneras de ver y reverenciar el arte. Él se lo explica así (muy convencido de que fue la decisión correcta): “dejé de tener una vida acorde con mi edad... me aislé de mis compañeros de clase... sólo quería adentrarme más y más en la pintura.”

Es fácil imaginarse que con el peso de la tradición a cuestas, Demetrio Llordén hubiese estimulado en Juan Carlos del Valle un gusto y admiración por los pintores peninsulares; valoración que subsiste, a juzgar por la gran cantidad de libros sobre Sorolla, Zurbarán y tantos más, que uno advierte en los estantes de su selecta biblioteca, especializada en arte europeo –la cual, no está por demás comentar, seguramente sobrepasa los alcances del acervo del Museo Nacional de San Carlos en la ciudad de México --; sin embargo esta educación lo adentró en forma culta en el ejercicio de la pintura, disfrutando los beneficios de lo que yo llamaría una formación clásica, sobre la cual es posible, después, desplantar cualquier reto que uno se proponga como artista. ¡Alas!, el mayor peligro es no quedarse en la contemplación del pasado como finalidad ulterior del arte.

A distancia, sin menguar en su agradecimiento, Del Valle reconoce que no fue el medio intelectual más favorecedor para un pintor contemporáneo. Pero del discípulo de Bardasano aprendió tanto, comenzando porque comprendió la absoluta

seriedad que exige la pintura y el maestro supo bien afinar la vocación definitiva, haciendo de Juan Carlos un pintor con gran oficio. Años más tarde, nuestro artista complementó su enseñanza con la experiencia paisajística de José Manuel Schmill, con quien resolvió que era necesario perfilar su propio camino.

III

Para preparar este texto hube de entrevistarme varias veces con Juan Carlos del Valle, ya que dada su juventud y particular coyuntura formativa, su trabajo me era casi desconocido. Acaso, una magnífica publicación de sus trabajos entre los años 2000 y el 2005 había llegado a mis manos. Un libro muy bien impreso, que daba cuenta perfecta de la calidad de su pintura. Confieso que no me sorprendieron los temas en un inicio, los encontraba un tanto a destiempo de todo cuanto se estaba discutiendo sobre pintura en el ambiente contemporáneo, empero el rigor en el oficio me resultaba innegable. ¿Quién será ese pintor, de mayor edad? Me pregunté. ¡Enorme fue mi sorpresa al descubrir que era un artífice de escasos treinta años! Mi reacción inmediata fue cuestionarme por qué alguien tan joven pintaba así.

Era evidente que este artista estaba bajo el influjo de la mejor pintura en la historia del arte universal y de inmediato me hizo pensar en las propuestas pictóricas de los modernistas mexicanos de principios de siglo XX, como Téllez Toledo, Mateo Herrera y Germán Gedovius, sin lugar a dudas. Sin dejar de admirar el poder resolutivo que adivinaba en la reproducción de algunos cuadros, coloqué el volumen en mi librero, suponiendo que alguna vez tendría la oportunidad de ver sus obras y preguntarle sobre su formación artística. Siempre he creído que el tiempo ajusta sus cuentas y, siguiendo a Newton, las cosas "siempre caen por su propio peso". La oportunidad de confrontar al original pintor llegó tan sólo un año después.

A invitación de José Ignacio Aldama visité el estudio de Juan Carlos del Valle. De inmediato me sorprendió el universo pictórico de sus trabajos: una serie de naturalezas

mueratas –o bodegones, en la mejor tradición española-, que capturaban el último aliento de vida de las ostras del mar y e plateadas sardinas, mismas que fueron pintadas con absoluta solidez matérica, pero a la vez con ufana fragilidad, ya que la luz desmaterializada todo lo visto, mientras el color se encargaba de fijar lo que aún quedaba con vida.

Son pequeños óleos, pero grandes en su alcance, por la profunda reflexión que son capaces de provocar; poseen la dimensión suprafísica que buscaban artistas como Van Ruysdael o Matteo Cerezo –grandes maestros del pasado-, pero reducidos a su mínima expresión contemporánea: una ostra solitaria, que lleva por título *Existencia*. Sobre el muro, una serie de magníficos cráneos, pintados con presencia metafísica claro está, indicio de un *memento mori* que invita al recogimiento sobre al fugacidad de la vida y a la confirmación absoluta de cómo, ante la verdad suprema, todos tenemos los días contados. Si el tema es una meditación sobre la muerte y la vanidad de las vanidades, que es nuestra corta existencia, la manera cómo está tratado el asunto es una provocación a la sensibilidad y al intelecto sobre el arte de la pintura. Juan Carlos del Valle construye sus obras, más que con el rigor de la técnica, con la fuerza de la materia pictórica en sí, como pocas veces he visto en un pintor, y cuyo mejor ejemplo serían los *bouquets* de flores que, como aspiración de libertad, David Alfaro Siqueiros pintaba desde la cárcel, donde estaba preso su cuerpo, más no su ideología.

Quizá esta elocuencia se desprende de sus obras, en tanto Juan Carlos del Valle comprende la dimensión justa que adquiere cada uno de los embates del pincel contra la tela, soporte escogido para sus pinturas. Cada gesto está acompañado, no sólo de un impulso creativo, sino también de un conocimiento físico, tanto de cómo se puede comportar el color del óleo, como de su capacidad en dejar una impronta; y de cómo el verdadero artista comprende que él está al servicio de la pintura y no a la inversa. Esta virtud, que es de cierto una postura humilde, es la que Francisco Pacheco (1564-1654) exaltaba como teórico en el siglo XVII, en su tercer libro sobre *El Arte de la pintura*, publicado en 1649.

Al revisar los dibujos de Juan Carlos del Valle guarda, por cientos, en los ordenados planeros de su estudio, reafirmo mi fe en las cualidades pictóricas del artista. Como convencido admirador de Jean-Auguste-Dominique Ingres, siempre apelo al dibujo para comprender qué tan sólido puede ser un pintor. El dibujo nunca miente: es la capacidad suprema que tiene un artista para transferir sus ideas al dominio de la creatividad. Cuando un artista sabe dibujar, quiere decir que es capaz de conformar una abstracción, a partir del intelecto, apoyándose en su talento y en su sensibilidad. Siempre desconfío cuando un pintor no sabe dibujar y a la vez, desdeño al dibujante que es incapaz de racionalizar y sólo crea obras que, aunque técnicamente correctas, resultan superficiales por un exceso de sensiblería. Por los dibujos se comprende que Juan Carlos del Valle sea también proclive al retrato, género en el que podrá llegar a ser un verdadero maestro, siempre y cuando supere la obligada referencia introspectiva que da a todos sus modelos. En estas pinturas el artista parece estar más preocupado en capturar el *tropo*, es decir, el modo como se manifiesta la fuerza interior del personaje, que la construcción plástica de las formas corporales en sí.

Yo más atención en la manera de conformar las figuras –digamos que apoyándose en la elocuencia del gesto pictórico, que es, además, una de sus mayores virtudes-, atendiendo menos a la psicología. Ya que cuando el personaje resulta poco interesante por “sus adentros”, siempre puede convertirse en un ser notable, tan sólo por la manera que fue pintado. En este sentido, bastaría regresar a los retratos de Diego Velásquez para comprender, cabalmente, que la idea supera con creces a la naturaleza.

IV

Con la pintura de Juan Carlos del Valle no hay que dejarse engañar por lo que yo llamaría un *festín de lo visual*, es decir un embeleso por la perfección de los objetos que pinta. En todo caso, esta sería la menor de sus virtudes, ya que advierto en sus composiciones de *formas muertas* y *formas vivas* –otra forma de llamar a las naturalezas muertas-, un sentido edificante, de sumo enaltecedor para el arte de la

pintura, ya que revela una firme posición ética sobre su oficio. Es una postura que está muy por encima de las cualidades matéricas con las que concibe sus asuntos y con la que el pintor aspira a capturar la representación de lo intangible; logrando que la técnica no sólo sea un artificio del bien pintar, sino la manifestación de una idea sobre el manejo del tiempo, con el cual busca resolver la incompatibilidad de lo eterno, con el obligado sentir de lo actual.

Yo creo que ésta es la coyuntura conceptual donde puede radicar su mayor potencialidad como artista en el México contemporáneo. Dicho de otro modo, a mí no me resulta tan importante el tema aparente de lo que pinta, sino como lo pinta, para que nos transmita un particular estado mental sobre nuestra posición en el devenir del tiempo. He aquí la transmutación a la que apelaba al inicio de este ensayo.

Ahondando un poco en esta categoría de análisis, me parece que la pintura de Juan Carlos del Valle logra alterar el orden visual del mundo que nos rodea, porque interfiere, tanto en la representación de lo convencional, como en nuestro posicionamiento en el tiempo y ante la historia. Quizá por ello sea un tipo de pintura que me provoca satisfacciones intelectuales, ya que en sus cuestionamientos no desdeña la importancia de los grandes maestros, pero su trabajo ya no incorpora los arcaísmos visuales de los pintores posmodernos, de hace veinte años. De tal suerte que una fruta, pintada con la apariencia del siglo XVII, puede provocarnos una reflexión desde el tiempo actual en que la observamos. La operación mental es distinta cuando apreciamos la antigüedad en un museo, porque nosotros no podemos incidir como espectadores en el tiempo de la concepción de una pintura. Pero las obras de Juan Carlos del Valle actúan, extrañamente, como una máquina del tiempo que nos permite reflexionar sobre nuestra contemporaneidad, mediante las visiones pictóricas de un tiempo suspendido, que llegan a tener una fuerza sobrecogedora en su representación.

Yo encuentro que estas nos son cualidades privativas de un solo artista, las he venido observando en el trabajo de otros pintores mexicanos, sobre todo en la última

década: Gustavo Monroy (Ciudad de México, 1959) y Daniel Lezama (Ciudad de México, 1968) aventajan a Juan Carlos del Valle en sus experimentos del tiempo, el *tropos* y la historia. Juan Carlos del Valle es más joven y no requiere aún de narrativas historicistas como aquellos, empero los tres coinciden en utilizar al tiempo como forma de análisis de conflictos contemporáneos, ya sea de naturaleza espiritual para Gustavo Monroy o sobre la lacerante miseria humana de Daniel Lezama. En el caso de Juan Carlos del Valle está claro que el simbolismo existencial es lo que más le inquieta.

Los lenguajes plásticos pueden ser muy distintos, pero convergen en preocupaciones que no sólo habría que referenciar con nuestro México actual, sino también en el panorama internacional, en la perspectiva de un mundo global. Si los pintores en México pudieran concebir al arte de Apeles como un instrumento de análisis crítico, entonces tendríamos buena pintura para rato. Por lo pronto, auguro a Juan Carlos del Valle un largo camino de experimentación y cuestionamiento, donde sus influencias serán cada vez más lejanas, y su presente una preocupación mayor.

Ciudad de México, día de San Antonio Abad, 2008